

Reseñas

GABRIEL GIORGI Y FERMIN RODRÍGUEZ (comps.), *Ensayos sobre biopolítica. Excesos de vida*. Buenos Aires, Paidós, 2007.

¿De qué se ocupa hoy la filosofía? De la vida. Pero, paradójicamente, atender a la vida supone, en filosofía, ocuparse de un legado testamentario, prestar atención a un concepto recibido como herencia. Por eso, buena parte del espíritu de esta colección de ensayos consiste en mostrar las consecuencias que ha tenido el hecho de que “Por una singular coincidencia, el último texto que Michel Foucault y Gilles Deleuze publicaron antes de morir tiene como fin, en ambos casos, el concepto de vida” (p. 59). En ese sentido, el volumen compila, junto a los últimos textos de Foucault y Deleuze – “La vida: la experiencia y la ciencia” y “La inmanencia: una vida...”-, una serie de escritos, producto obediente del legado foucaudeleuziano. Es el caso de “La inmanencia absoluta”, de Giorgio Agamben, “El monstruo político. Vida desnuda y potencia” de Antonio Negri y “Deleuze” de Slavoj Žižek.

La brevedad de los trabajos de Deleuze y Foucault contrasta con la extensión alcanzada por el resto de los textos. Es, incluso, excesivo llamar ‘artículo’ al escrito de Deleuze, con apenas seis páginas. Parece más bien un conjunto de notas o un apunte indicador del rumbo que habría de tomar su filosofía futura. Estamos ante un texto definitivo y plagado de definiciones, construido de creaciones conceptuales listas para ser usadas. ‘Campo trascendental’, ‘empirismo trascendental’, ‘inmanencia’, ‘virtualidad’, son algunos de los términos que Deleuze pone en juego para explicar el concepto de vida: “Se dirá que la pura inmanencia es UNA VIDA, y nada más. No es la inmanencia de la vida, sino que lo inmanente es en sí mismo una vida. Una vida es la inmanencia de la inmanencia, la inmanencia absoluta: es potencia, beatitud plena” (p. 37).

En “La vida: la experiencia y la ciencia”, Foucault se ocupa de quien fuera uno de sus maestros: Georges Canguilhem. La obra de este historiador de la ciencia, centrada en la historia de la filosofía y de la medicina, es de una importancia decisiva para repensar la cuestión del sujeto. En este contexto, el lugar que ocupan las ciencias de la vida es fundamental: “Por medio de la elucidación del conocimiento de la vida y de los conceptos que los articulan, Georges Canguilhem quiere descubrir lo que, de ese conocimiento, corresponde al concepto *en* la vida. Es decir, el concepto como uno de los modos por medio del cual un ser vivo extrae información de su medio e, inversamente, lo estructura” (p.55).

Tomar la posta del maestro, continuar con su trabajo, he aquí el motor textual, tanto para Foucault como para Agamben. En el caso de este último, el reconocimiento de la deuda que lo une a Deleuze y a Foucault es incluso motivo suficiente para hacer filosofía: “Si quiere recibir esta herencia, la filosofía que viene deberá partir del concepto de vida que nos indican, con su gesto último, los dos filósofos; tal es al menos la hipótesis de la que parte nuestra investigación” (p.59). En “La inmanencia absoluta”, además de exponer y explicar los textos de Foucault y Deleuze, Agamben nos muestra algo de esa filosofía venidera, heredera del pensamiento foucaudeleuziano. El artículo, que a primera vista parece una exposición llana, se revela, rápidamente, como un exponente del modo de ser de los textos filosóficos de hoy, caracterizados por la atención a las diferencias terminológicas, el valor argumental de los signos

de puntuación y el fuerte trabajo lexicográfico. Así, por ejemplo, Agamben encuentra que los signos de puntuación utilizados por Deleuze en el título de su artículo, dan la cifra del valor de esa construcción: “Ya el título, a pesar de su apariencia vaga y casi suspendida, tiene una estructura inhabitual que no puede no haber sido atentamente meditada. Los dos conceptos clave no están de hecho unidos en un sintagma, ni tampoco ligados por la partícula ‘y’ (tan característica de los títulos deleuzianos): sin embargo, cada uno de ellos está seguido por un signo de interpunción (primero los dos puntos y luego los puntos suspensivos)” (p. 62). Otro rasgo propio de esta nueva filosofía es la rehabilitación, si no de la filosofía, de algunos conceptos aristotélicos o de cuño aristotélico. Términos como potencia o *bios* –y la distinción entre esta y *zoé*– o la propia caracterización del hombre como animal político y parlante, estructuran el debate biopolítico actual. En este sentido, Agamben afirma: “Hará falta, además, empeñarse en una búsqueda genealógica sobre el término ‘vida’, con respecto a la cual ya podemos adelantar que mostrará que no se trata de una noción médico-científica, sino de un concepto filosófico-político-teológico y que, por lo tanto, muchas categorías de nuestra tradición filosófica deberán ser repensadas en consecuencia.” (p. 91).

El artículo de Žižek sobre Deleuze, también puede considerarse un exponente de esa filosofía venidera. Este texto es, incluso, la puesta en práctica de conceptos deleuzianos, como por ejemplo el de exceso. Así, en virtud de Einsteine o de Robert Altman, Žižek explica la idea de virtualidad deleuziana, y es en virtud de una noticia de actualidad que ilustra el concepto de repetición: “En marzo de 2002, los medios reportaron que Kevin Warwick de Londres se convirtió en el primer ciberhombre” (p. 162). Como afirma Žižek, es a partir de la filosofía de Deleuze que pueden pensarse en conjunto todos estos elementos porque se trata de una filosofía que se ocupa, básicamente, de la realidad de lo virtual.

Finalmente, y aunque suene paradójico, esta compilación de ensayos nos ofrece en el “Prólogo” un escrito destacable, cuya función integradora no hace sino ampliar el contexto de lectura en el que pueden leerse el resto de los artículos. De hecho, se trata del texto que con más insistencia marca la importancia del debate biopolítico en la filosofía actual. Según Gabriel Giorgi y Fermín Rodríguez, los autores del “Prólogo”, la cuestión biopolítica tiene un poder desafiante, inédito en filosofía e inherente a ella: “Una de las preguntas que atraviesa estos artículos, en la heterogeneidad de sus propuestas y de sus registros, es ¿cómo deshacer, cómo resistir los mecanismo de inscripción y sujeción de lo vivo a ese poder que, reclamándose defensor de los cuerpos y de las poblaciones en su salud y en su potencia, los sujeta a mecanismos violentamente normalizadores, los interviene con una intensidad sin precedentes, los codifica bajo el signo del capital y la productividad, legitimando así las más persistentes violencias y las guerras y genocidios más atroces?” (p. 11).

MARIA TERESA GARCIA BRAVO